M. DE J. TRONCOSO DE LA CONCHA
Presidente del Senado
Presidente de la Academia Dominicana de la Historia

El Brigadier Don Juan Sánchez Ramírez

Panegírico leído por su autor en el acto de la glorificación de este prócer el 7 de noviembre de 1944

Ciudad Trujillo
República Dominicana
1944

Para mi querido compañero y amigo el Lic. Carlos Larrazábal Blanco

M. de J. Troncoso

M. DE J. TRONCOSO DE LA CONCHA

Presidente del Senado

Presidente de la Academia Dominicana de la Historia

El Brigadier Don Juan Sánchez Ramírez

Panegírico leído por su autor en el acto de la glorificación de este prócer el 7 de noviembre de 1944

Editorial LA NACION, C. por A.

Ciudad Trujillo, R. D.

1944.

Señores:

Estaba reservado a esta era de justicieras reparaciones rendirle al héroe cuyas frías cenizas se hallan en este momento cerca de nosotros, cubiertas por la bandera y las armas de la República, un homenaje digno, al par de testimoniador de la gratitud y la admiración que le debemos los dominicanos.

De hoy más no será un oscuro nicho, exornado por las armas de España, el humilde asilo de esos restos mortales. La República los lleva, por las manos de su primer abanderado, el Generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina, a la Capilla de Inmortales, para reposar allí, junto a los de aquellos hombres que pudieron ser próceres y mártires de la patria dominicana porque, gracias a la obra del brigadier don Juan Sánchez Ramírez, se había conservado y fortalecido en este solar de nuestros antepasados insulares un núcleo social de características propias y tradiciones y aspiraciones comunes, con un patrimonio espiritual y material, de cuya defensa se hicieron campeones.

A ese respecto séame propicia la ocasión presente, así sea repitiéndome, para insistir en la consideración de que ninguno de los movimientos registrados por nuestra historia supera en significación y trascendencia al operado entre los años de 1808 y 1809 y que, con mucha propiedad, se ha llamado de la Reconquista.

Porque si pudimos seguir perteneciendo a la familia hispana de América, si Santo Domingo ha conservado, al través de las tantas duras pruebas a que fué sometido, su condición de hija de la vieja España, si no constituímos un pueblo híbrido, y si poseemos y hablamos bien la lengua de Castilla, a la Reconquista y a su iniciador y héroe, don Juan Sánchez Ramírez, se lo debemos.

Gran bien es, señores, el de la independencia de un pueblo; no menos grande, sin embargo, lo es el que tenga su filiación bien definida, esa filiación que se adquiere por medio del aseguramiento de un origen, la individualización de un núcleo social, el habla de una lengua y otras circunstancias que, si no de tanto alcance como éstas, son, reunidas, los cimientos, por decirlo así, sobre los cuales se estructuran las naciones.

Santo Domingo era un pueblo de formación española; ninguno como él en América había luchado tanto frente a ingleses, franceses y holandeses por conservarla; amaba y practicaba la tradición española; había puesto empeño en mantener la pureza del habla castellana librándola de la influencia indígena y la africana; mientras en otros países del Nuevo Mundo las diferencias de raza habían separado a los hombres, en Santo Domingo el esfuerzo común para repeler las agresiones de los rivales de España y mantener viva la llama de la unión a la metrópoli los había unido estrechamente, a tal grado que, como en parte alguna del Continente, los esclavos eran tenidos y tratados como miembros de la familia a cuyo servicio se hallaban y para las gentes de color ninguna puerta estaba cerrada, porque desde el servicio de Dios en los altares, del rey en las milicias y del pueblo en la preservación de la seguridad y el orden público, todas las vocaciones tenían oportunidad de satisfacerse.

Si Santo Domingo podía valer algo, si le era dable tener individualidad como pueblo era solamente, pues, conservándose español, con su lengua, su tradición y sus aspiraciones de mejorar dentro de esas condiciones.

Hacia la consecución de ese fin se encaminó la empresa abordada por Sánchez Ramírez frente al inmenso poder de Francia y el realizarla cabalmente fué su obra.

Con menosprecio de las circunstancias ambientes de aquel período, quizá el más complicado de nuestra historia, se ha pretendido que Sánchez Ramírez debió haberlo aprovechado para proclamar la independencia de Santo Domingo, en vez de reincorporarlo a España.

¡Injusticia enorme! Se olvida o no se advierte que la decisión de nuestro pueblo de mantenerse vinculado a España se había manifestado fieramente cuando por la obra de Manuel Godoy, el ministro favorito de la corte de Carlos IV, tan funesto a España como lo fué a la América española, había sido cedido Santo Domingo a Francia por el tratado de Basilea de 1795 y que, haciéndose eco de aquel sentimiento, fué como pudo obtener Sánchez Ramírez la ayuda que le vino de Puerto Rico, primero, y de Jamaica después, sin las cuales la extinción de la dominación francesa no habría pasado de ser una quimera. Si el brigadier Montes, capitán general de Puerto Rico, ayudó a nuestro héroe, suministrándole hombres, armas y dinero, que tanto contribuyeron al éxito del movimiento, fué por su convencimiento de que, correspondiendo a las solicitudes del caudillo dominicano, servía bien a España, y si el almirante inglés Rowley destacó sobre la isla las tropas mandadas por el general Carmichael que reforzaron el sitio de la capital, fué porque entre España e Inglaterra existía virtualmente entonces una alianza, que él creyó igualmente servir bien enviando aquellas fuerzas en ayuda de los dominicanos que se habían levantado contra Francia.

Felonía incalificable habría constituído de parte del caudillo de la Reconquista volver contra España lo que había sido su pensamiento motor y que había inclinado al representante español en Puerto Rico y al inglés en las Antillas a favorecer su propósito. Esto, considerando su actuación desde el punto de vista de la moral menos exigente, porque cuando no nos debiera detener esa consideración, de incuestionable magnitud, tendríamos la de que, en aquel tiempo, ninguna de las formaciones españolas de América se había desligado de España y no existía razón para que fuera Santo Domingo el primero en constituírse en estado soberano, siendo así que, por el contrario, se oponían a semejante designio, de una parte, la pobreza y falta de recursos del país para poder hacer vida independiente, y de otra, el conocimiento sobrado de la amenaza latente haitiana de absorción, puesta de manifiesto por la artera invasión de Toussaint Louverture, primero, y por la de Jean Jacques Dessalines, no hacía todavía un lustro, la cual había dejado a Santo Domingo desangrado, convertido en montón de ruinas y reducido a una depauperación extrema, sin precedente entre los pueblos de origen español del Nuevo Mundo.

Se explica que trece años más tarde el doctor Núñez de Cáceres, creyendo sinceramente que Santo Domingo disfrutaría de mayor felicidad al desvincularse del poder metropolitano de España, llevase a cabo el movimiento que culminó en la justamente llamada "Independencia efímera". En su mayoría, las colonias españolas del Continente habían triunfado o se hallaban a punto de triunfar en sus luchas guerreras por la independencia y estos acontecimientos habían tenido honda repercusión en los medios intelectuales de Santo Domingo y entre elementos sociales de realce que tildaban a España de haberse mostrado desagradecida con los dominicanos, a quienes debía la recuperación de su antigua colonia. Además, el país, en los años transcurridos durante el período de paz que siguió al restablecimiento del poder español, se había repuesto bastante de los daños que había recibido de manos de las hordas del invasor Dessalines, a lo cual se unía el convencimiento adquirido por Núñez de Cáceres de que Haití no atentaría contra el estado independiente que se creara en Santo Domingo, sino antes bien lo acogería plausiblemente.

Así y todo, obsérvese en abono de la actuación de Sánchez Ramírez, cómo Núñez de Cáceres no consideró lo necesariamente consistente el estado cuya independencia había proclamado para vivir por sus solos recursos, sino que lo ligó unilateralmente a la república de la Gran Colombia y cómo, además, los acontecimientos registrados apenas desapareció de Santo Domingo el poder de España pusieron de manifiesto la artería de la política haitiana, en asecho entonces, tal como lo había estado antes y continuó estándolo luego.

De que al combatir la dominación francesa y hacer que el país volviera a ser parte de España, Sánchez Ramírez era un intérprete fiel del sentimiento de los dominicanos, nos da testimonio el propio Núñez de Cáceres cuando en su histórica oda **"A los vencedores de Palo Hincado"**, escrita en 1809, dice:

"... ... ...
pediré a Clío con ardiente anhelo,
que, embocando su trompa, los campeones
cante de Palo Hincado y sus acciones.
Rogaréla se quite
la corona marcial de su cabeza
y entretejida de olorosas flores
venga, y la deposite
por premio del valor y fortaleza
en la de estos heróicos vencedores,
que de **extranjero yugo redimieron
la patria, y dulce libertad le dieron."**

He ahí sintetizado el concepto: Patria era Santo Domingo formando parte de España. Y ésa era, no puede haber duda, la idea salvadora, porque, según lo expresé antes de ahora, sólo dentro de esas condiciones era como podía aspirar el país a mejorar en el futuro, sin perder la individualidad que le era propia.

Bajo el dominio de Francia la tierra dominicana se habría levantado de su postración; el adelanto material hubiera sido tal vez hasta maravilloso, del mismo modo que lo fué en algunas de las tierras por ella conquistadas. El alma dominicana, en cambio, esa alma que había dado vida al grupo social formado desde los días de la colonización, y que siguió vivificando con el andar de los tiempos el núcleo de donde surgió el pueblo dominicano, soberano, libre e independiente, habría ido a morar tan sólo en el cielo de la historia, porque Santo Domingo se habría convertido en trasiego de otras gentes, otra lengua y otras costumbres, y también otras aspiraciones para mirar al futuro.

No hubiera existido, esto es seguro, un pueblo que celebrara en este año de gracia el primer centenario de su independencia.

Señores:

Si ha habido entre nuestros antepasados un hombre digno de la admiración y el amor de la posteridad, ése es don Juan Sánchez Ramírez.

El fué ejemplo vivo de espíritu de sacrificio, de abnegación, de valor, de sencillez, de desprendimiento, de sentimientos tiernos.

Ya en la última década del siglo XVIII, durante la guerra entre la España de Carlos IV y la Francia republicana, que alcanzó hasta la colonia española y la francesa de la isla de Santo Domingo, como si presintiera las siniestras consecuencias que se iban a derivar de esa lucha, se le ve organizando, capitaneando y sosteniendo a su costa en la frontera una compañía de lanceros que toma parte y se bate rudamente en los más reñidos combates de esta campaña. Después, al sobrevenir el tratado de Basilea, por cuyo medio pasa la colonia a ser pertenencia de Francia, se retira, el corazón transido de dolor, a su villa natal del Cotuí. Al apoderarse Toussaint de Santo Domingo, "su mente —dice nuestro ilustre historiador del Monte y Tejada— le sugiere sin cesar planes y maquinaciones encaminados a la reconquista del suelo patrio y la nacionalidad primitiva". Desalojadas las hordas de Louverture y ocupada la colonia antes española por las tropas francesas, conspira sigilosamente, sin descanso, para que el poder español sea restablecido, llevando a cabo con fe, entusiasmo y decisión esta misión que se había impuesto, venciendo el miedo de unos, la indiferencia de otros, la conformidad de otros, aunque pocos, con el régimen imperante, arrostrando toda suerte de peligros, manteniendo atados los hilos de la conspiración, que sólo él conocía cabalmente, imprimiendo vida con su espíritu al desaliento o la poca fe de algunos; comprometiendo al par de su vida su patrimonio, hasta hacer de todo el pueblo de la tierra amada de Colón una masa homogénea dispuesta a seguirlo hasta la victoria o la muerte. Este largo proceso y su culminación fueron descritos por nuestro insigne Presidente Trujillo, en su magistral discurso de la Puerta del Conde el 27 de febrero de 1944, con estas palabras:

"La Revolución Francesa comenzó a estremecer los ci-"mientos de la vieja Europa. Brillantes ideales de libertad y "de justicia fueron proclamados ante el poder absoluto de los "reyes, y la Declaración de los Derechos del Hombre, esencia "y fundamento de nuestro régimen democrático, voló de los "espíritus exaltados de los Convencionales a las tierras ubérri-"mas de América.

"En la parte occidental de la isla los esclavos conquista-"ron su libertad y establecieron una República independien-"te. La Constitución del nuevo Estado proclamó el principio "de la no división política de la isla y consagró prejuicios ra-"ciales que entrañaban injustificables exclusivismos.

"Comenzó para el empobrecido pueblo dominicano el "primer período de las cruentas invasiones, aquel período ine-"narrable que abrió Toussaint Louverture y que entristecieron "con hechos de dolorosa recordación las huestes de Dessali-"nes y de Cristóbal.

"La Metrópoli nos había abandonado en esas trágicas "circunstancias, y el Tratado de Basilea había traído a nues-"tras tierras, en vuelo sin gloria, a las águilas imperiales de "Bonaparte.

"Pero tan consubstanciado estaba este pueblo con las "características de la raza española, que era parte de su pro-"pia raza, y con las más puras esencias de la cultura hispana, "que era su propia cultura, que no quiso resignarse a la ce-"sión incalificable y, en 1809, en proeza digna de la alaban-"za homérica, venció en la memorable batalla de Palo Hinca-

"do, con la espada de Juan Sánchez Ramírez, a uno de los "más brillantes generales de la epopeya napoleónica, y puso "de nuevo su destino al amparo de la Corona española."

La alocución de Sánchez Ramírez a los soldados de la Reconquista en ese Palo Hincado, tan elocuentemente recordado por nuestro esclarecido Presidente, momentos antes de empezarse la batalla, alocución que debería hallarse esculpida con caracteres de oro en un monumento elevado a su memoria, pone de manifiesto el temple de su corazón, su decisión de perecer en la demanda junto con sus soldados, antes que abandonar su empeño: "PENA DE LA VIDA AL QUE VOLVIERE LA CARA ATRAS; PENA DE LA VIDA AL TAMBOR QUE TOCARE RETIRADA; Y PENA DE LA VIDA AL OFICIAL QUE LO MANDARE, AUNQUE SEA YO MISMO".

¡Sólo en los viejos tiempos heroicos, cuando el valor del hombre era la primera de las armas de combate, podría encontrarse un ejemplo semejante!

Su conducta en presencia de la arrogante actitud del general francés Barquier, al no querer tratar con él las condiciones de la capitulación de Santo Domingo, muestra sobradamente cómo ponía por encima de su amor propio herido el logro final de su patriótica empresa. Este general Barquier parecía experimentar vergüenza al aceptar como contrincante a Sánchez Ramírez, el hombre de campo convertido en caudillo, a quien de esa suerte parecía menospreciar. ¡Como si obrando así pudiese borrar la derrota de Palo Hincado en la cual las armas francesas quedaron abatidas y triunfó la santa causa que conducía y defendía el héroe dominicano!. . . Cuando éste fué enterado de que Barquier se declaraba presto a hacer entrega de la plaza, pero concertándola con el general Carmichael, comandante de las fuerzas inglesas, no vaciló en dar su conformidad a esa arrogante insinuación. Sabía que la situación de las tropas francesas era desesperada; que una negativa suya a plegarse al capricho de Barquier no podía tener otro resultado que la prolongación del asedio y bloqueo de la plaza de Santo Domingo; que los ingleses, empeñados como estaban en oponerse por todos los medios a los designios de

Napoleón Bonaparte, no lo abandonarían. Ninguna consideración influyó, sin embargo, en su ánimo para desviarle del propósito que había estado persiguiendo desde el instante en que se puso a la cabeza de su pueblo con el fin de reconquistar el puesto que la nefasta política de Godoy le había hecho perder como miembro de la gran familia española y que constituía el único medio de conservar una característica propia, por la lengua, la tradición y la aspiración común, elementos sustanciales de la formación de una nación, a los cuales debe su raíz la nación dominicana. Sacrificó, pues, su justo amor propio; pero vió conseguido su objetivo, máximamente cuando el acta de capituación no se pudo tener como término final de la contienda sino después que él la ratificó como jefe de las fuerzas sitiadoras.

La mejor alabanza del héroe la hizo, sin quererlo, el jefe de escuadrón Gilbert Guillermin, su enemigo, agregado al estado mayor del ejército que mandó Ferrand, primero, y Barquier, después, cuando escribió:

"Este jefe de partido es de un carácter moderado y tiene aspecto sencillo y modesto; pero esta sencillez y esta modestia aparentes ocultan un orgullo desmesurado y la delicadeza de un hombre de una condición más elevada que la suya; su acceso fácil, su voz meliflua y persuasiva, previenen en su favor; es menos supersticioso que lo son ordinariamente los españoles; se sirve de los sacerdotes para hacerlos colaborar en la ejecución de sus designios, sin aceptar ciegamente sus consejos ni darles demasiada influencia. Como es extremadamente discreto y reservado, pocas personas gozan de su absoluta confianza y no deja traslucirse sino aquello que tiene interés en hacer conocer. Finge principios humanitarios, de moderación y de desinterés, únicamente para legitimar el móvil de sus empresas y acreditar una opinión favorable sobre su moralidad; sabe lisonjear y moderar si es menester las pasiones de los otros. Sánchez jamás dió prueba de valentía, pero tiene una firmeza de carácter que suple el valor y le sirve para exaltar el de sus soldados. Sánchez debe más a la naturaleza que a la educación; y por eso tiene más talento que conocimientos, más medios de conducta que talentos adquiridos; es ambicioso y aparenta desdeñar las grandezas, pero es capaz de todo para obtenerlas."

Reconocerle a un adversario sencillez y modestia, siquiera diciendo que éstas sirvan para ocultar el vicio del orgullo, que es vicio menor cuando le ha dado vida el sentimiento de la personal dignidad; reconocerle una delicadeza que es empeño de propia superación; apreciar entre sus condiciones la de no guiarse por fuerzas contrarias a la razón; tacharle de simulador de virtudes cuando hayan de servir para reforzar su autoridad moral en la conducción de una causa que considera noble; negarle valentía, que es condición de animalidad, para admitir que la suple con el carácter, que es condición de racionalidad; ver en sus obras la savia de su inteligencia más que el fruto de normas aprendidas; atribuirle ambición y a la vez tenacidad para satisfacerla, situándose por encima de lo que hubiese de pequeñez en sus pensamientos, constituye, sabiendo separar del juicio la pasión o el interés que lo desvían, el mejor testimonio para hacer digno a un hombre del amor de la posteridad. Y ése es, al través del resentimiento reflejado en lo que el jefe de escuadrón galo escribió, el juicio que se desprende acerca del carácter del héroe dominicano, su contraric.

Señores:

Con su sentido realista de nuestro pasado histórico y su penetrante don de ponderación, que le permite distinguir en los sucesos de pasados tiempos las manifestaciones de vida del pueblo dominicano y los hechos individuales de sus caudillos, el Presidente Trujillo, en hora fausta, decretó el acto de reparación que en estos momentos lleva a cabo el Gobierno, en homenaje al héroe de la Reconquista y en reconocimiento de que él encarnó el sentimiento y la voluntad de la nación dominicana en cierne en aquel momento que fué decisivo para la conservación de nuestra personalidad como agrupamiento social de características propias.

Por eso, al escoger la fecha en que esta manifestación solemne debía tener cumplido efecto, eligió la de hoy, 7 de noviembre, rememoradora de la función de armas que en 1808 hizo realidad en el campo de Palo Hincado la existencia de ese pueblo, cuya marcha ascendente, dentro de las condiciones entonces defendidas y mantenidas con amor y coraje, lo llevó finalmente al establecimiento de esta República Dominicana que hoy felizmente disfrutamos.

Solácese ¡oh héroe! tu alma grande, noble y generosa en esta muestra de acendrada gratitud que te ofrece la República. Si hasta ayer pudo parecer que tu memoria no era guardada como corresponde a la extensión y magnitud de tu proeza salvadora, en lo adelante tu nombre y tu recuerdo irán siempre unidos al de aquellos junto a cuyas cenizas reposarán las tuyas y de quienes tú fuiste, en el orden cronológico, el primero de sus maestros.

Descansa en la gloria, patricio venerado, mientras llegan hasta ti las exultaciones de la posteridad agradecida.

Descansa en la inmensidad de esa gloria, cuyos destellos alumbran la senda recorrida por este pueblo tuyo, a quien tanto amaste.

De hoy más, las puertas de la incomprensión o del olvido no prevalecerán contra ti.

Reposa y duerme sobre tus laureles, instrumento de la Providencia, que siempre vela por nosotros.

Caudillo, padre, hermano.

Patricio inmortal.